

Irene Otero

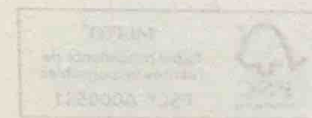
Los Augurios

Prólogo de Laura Freixas

Epílogo de Ana de Miguel

NUEVAS NARRATIVAS

Colección de novela, relato corto
y (auto)biografía



 LA MODERNA

Primera edición: diciembre de 2023

Colección NUEVAS NARRATIVAS

© Irene Otero, 2023
© del prólogo, Laura Freixas, 2023
© del epílogo, Ana de Miguel, 2023
© de la imagen de portada, Museo Nacional de Bellas Artes
de Buenos Aires. Giorgio de Chirico, Piazza, 1913

Maquetación: María Valero Espacio

© de esta edición, La Moderna, 2023
Galisteo (Cáceres, España)

info@librerialamoderna.com
www.librerialamoderna.com

ISBN: 978-84-126930-6-5

Depósito legal: CC-292-2023

Impreso en España



El editor autoriza la reproducción total o parcial
de este libro siempre que sea para uso personal
y nunca con fines comerciales

Índice

LAURA FREIXAS. Prólogo	9
1 Augurios	13
2 Cine	141
ANA DE MIGUEL. Epílogo. Del amor y las columnas	311

Índice

.....	9
.....	13
.....	141
.....	311

Para Peca.
Yo canto para ti

Prólogo

Un día recibí un mail de una desconocida preguntándome si podría ayudarla a corregir su primera novela. La firmante, desconocida para mí, decía que admiraba mi obra y que había visto en la web de una escuela literaria que yo hacía tutorías.

En realidad, hacía años que yo había dejado de realizar informes de lectura, correcciones, tutorías y similares, y en principio, no tenía intención de volver a aceptar tales encargos. Sin embargo..., ese mail me gustó. No solo porque descubrí, leyéndolo, que la desconocida y yo teníamos amigas comunes y afinidades políticas; no solo porque ella, según me decía, había colaborado en varios medios culturales (lo cual ya es una cierta garantía de tener cultura y criterio), sino por algo que no sé definir más que como «tono». Concepto curioso este, que me parece clave, por no decir *la* clave, en toda escritura —es como la fuente de la que brota el estilo, su alma—, pero que resulta difícilísimo definir, como no sea con una definición tan vaga como podría ser «actitud emocional»... Lo cierto es que en la escritura de esa desconocida —Irene Otero era su nombre—,

incluso la de un simple (aunque bastante largo) mail, había algo que «enganchaba». Algo auténtico y desarmante, vehemente y humilde a la vez. Que convenía, que emocionaba. Que ponía de su lado a quien lo leyese. Acepté.

Así fue como me adentré en su novela, *Los augurios*. La empecé a leer... Y me empezó a fascinar; ya no podía soltarla, o era ella la que no me soltaba a mí, como una tela de araña que me estuviera envolviendo, como una pesadilla angustiosa pero que nos arrastra, como un imán, con su misterio.

Ese tono aparentemente frío, neutro, distante, casi clínico, con frases rápidas, factuales..., pero que va creando una enorme tensión, un sentimiento de angustia, de suspense, de miedo por la narradora... Ese barrio siniestro, desolado, que se llama La Soledad y parece un cuadro de De Chirico... Esos objetos y lugares banales en apariencia, que se van cargando de significado: la lámpara de conchas, el desagüe de la lavadora, el repiqueteo de las gotas de la gotera en la olla metálica... La lluvia y el frío, en una casa no acondicionada para protegerse contra ellos... La isla, tan simbólica... Y las constantes referencias cinematográficas, que parecen casuales —el cine es la profesión o afición de ambos protagonistas—, pero que nunca lo son: la alusión a *Los pájaros* de Hitchcock (una película sobre una mujer aterrorizada), el cartel de *Blow Up* (una película sobre una mujer asesinada)... Los personajes inquietantes: el hombre de ojos de búho, la madre depresiva, la perra... Mi supuesta corrección se limitó a unas pocas observaciones:

alguna escena me parecía confusa, alguna interpretación demasiado explícita, algún personaje insuficientemente desarrollado.

Desde que muchas mujeres han empezado a escribir y publicar, o más bien, desde que muchas mujeres se toman la A de su condición de escritoras no como un defecto que debe ocultarse —creo que ya ninguna aspira a ser «un gran escritor», en masculino, como era el deseo de muchas todavía en el siglo XX—, ni como algo irrelevante, sino como una riqueza, un filón temático, están surgiendo innumerables textos (así como películas u otras obras artísticas) que exploran e iluminan las vivencias específicas de las mujeres. Maternidad, relaciones madre-hija, amistad entre mujeres, desarrollo de la sexualidad femenina —en el difícil contexto de una sociedad que, bajo nuevas formas, sigue siendo patriarcal—, vida del ama de casa, vidas de escritoras u otras artistas, acontecimientos históricos vistos por las mujeres... son algunos de los temas más abordados. Otros, que están muy presentes en la realidad, todavía se manifiestan poco, como el aborto, o como la relación de la madre con hijas o hijos adultos.

Un capítulo aparte merece la violencia. Son muchas las autoras que la han denunciado en sus novelas, cuentos o testimonios (algunos títulos: *El encaje roto* de Emilia Pardo Bazán, *El color púrpura* de Alice Walker, *Cárdeno adorno* de Katharina Winkler, *Algún amor que no mate* de Dulce Chacón, *El último patriarca* de Najat El Hachmi...). Pero suele tratarse de una violencia explícita, física, en la que no se

plantea la pregunta: ¿por qué ella lo aguanta?, porque la respuesta es obvia. Se trata de situaciones en que el hombre se impone rotundamente a la mujer por su superior fuerza física, por los derechos maritales que le da una legislación injusta, por la dependencia económica, por el chantaje con los hijos...

Nada de eso se aplica a la protagonista de *Los augurios*. En este sentido, el mérito de la novela es doble. Por una parte, crear una atmósfera de miedo, incluso de terror, sin que, en apariencia, pase nada. Por otra, abordar algo que siempre he pensado que el feminismo debería explorar más. Me refiero a eso que el clásico francés Étienne de La Boétie, en un famoso ensayo, llamaba «la servidumbre voluntaria». Aunque conozcamos las explicaciones globales (educación, cultura...), necesitamos entender a las personas, individuos, mujeres concretas, que se pliegan al poder patriarcal cuando nada, en apariencia al menos, las fuerza a ello. Quizá el secreto de esta novela está justamente en la tensión entre el «no pasa nada» y el «sí pasa», entre la certeza psicológica del miedo y la falta de herramientas para reconocerlo y de palabras para expresarlo. Entre la libertad objetiva, legal, material, de las mujeres en una sociedad como la nuestra, y el mandato interno, incomprensible, patológico, pero tan eficaz, de someterse a un hombre. Gran tema... Y, repito, fascinante novela.

LAURA FREIXAS

I | AUGURIOS

A y B se conocen con 18 años, una noche de verano, en la verbena de algún pueblo. A lleva toda la vida sintiéndose sola. B lleva toda la vida buscando alguien a quien salvar. A y B forman un maravilloso tándem de codependencia que oficializan cuatro años más tarde en una agradable boda rural. Felices en esa plenitud, A y B tienen a C.

A acaba de terminar la universidad y B tiene un buen trabajo. A y B, que son cristianos y van a misa los domingos, deciden que A aparque su carrera para cuidar a la niña. La casa es luminosa. La habitación del bebé está decorada en color blanco. Todo sería perfecto si C dejara de llorar. A veces, cuando el aroma del talco le revuelve ligeramente el estómago, A también llora a escondidas.

Con el trascurso de los meses, B pasa cada vez más tiempo en la oficina. El llanto de C resuena mucho más alto cuando él no está. A se desvive por cumplir con sus obligaciones de madre. Amamanta a la niña con una sonrisa. Le canta canciones. Acaricia su pelo ralo. Es como una representación teatral sin

público en una ciudad de provincias. Al principio, ni siquiera se atreve a confesárselo a sí misma. No es que no la quiera, pero no le gusta. No le gusta su cara. Le recuerda a su suegra. No le gustan sus gritos. No le gusta que dependa de su pecho para vivir. Ese ser parasitario le chupa la vida.

B llega a casa muy tarde. A le prepara la cena con esmero y asiente escuchando historias sobre personas que no conoce y presupuestos que no le interesan. Luego, B sostiene a la niña contra su pecho mientras ve las noticias. A recoge la mesa y friega los platos. A solo quiere que llegue la noche para que B la abra- ce fuerte en la cama. Entonces, C llora. A se levanta a atenderla. B duerme. Cuando C empieza a hablar, tampoco le gusta su voz.

Mi amiga tiene que irse pronto. Ella está embarazada y yo estoy ligeramente borracha. Abrimos mi perfil de Tinder en busca de un plan más emocionante que irme a casa antes de las nueve. Ojeamos fotos de tíos *random* y nos reímos. El catálogo es desolador hasta que aparece él. Es atractivo y mi compañera comenta que hacemos buena pareja. Deslizo a la derecha y hacemos un *match*. Unos minutos después, recibo el primer mensaje de Elías. Dice que mi perra es muy guapa. A mí me gusta su foto en un set de rodaje frente al faro. Me explica que esa es de cuando trabajaba como realizador en la televisión insular y que ahora está produciendo su primer largometraje. Antes de mudarme a la isla, yo también trabajaba en cine. Me pregunta cómo puede ser que no nos hayamos visto nunca en un lugar tan pequeño. Yo tampoco lo entiendo. Él insiste en solucionarlo. Acepto su propuesta y quedamos en un bar con pretensiones *hipsters* del centro. Llego pronto y le espero sentada en la terraza, en una calle empedrada en pendiente. Al final de la cuesta, unos músicos callejeros tocan jazz de fondo.

Cuando le veo acercarse, el estómago se me encoge en una especie de *déjà vu* violento. Es más incómodo que poético, como si le conociera de siempre, pero fuera incapaz de descifrar de qué. Roza los cuarenta y es un hombre guapo de forma poco habitual. Quizá sea su pelo canoso y alborotado, que me recuerda al protagonista de *Cabeza borradora* huyendo de una de sus pesadillas. Los dos besos de rigor me sacan de la conmoción y me concentro en liar me un cigarro en cuanto nos sentamos. Se disculpa por el retraso. No encontraba sitio para aparcar. Le sonrió intrigada con su polo de rombos y su pantalón de tergal, más anticuados que retro. Él mira alrededor para confesar que hacía tiempo que no venía al centro. Yo aprovecho para confirmar el color verde amarillento de sus ojos enormes de búho. Elías se hace otro pitillo, aunque él utiliza un trozo del cartón del papel en lugar de un filtro. Asumo que fuma hierba. Le comento que la tinta y el plastificado de la cartulina son cancerígenos y ambos nos reímos. Está anocheciendo.

No es difícil romper el hielo con tantos temas compartidos. Le pregunto curiosa por su película. Él divaga un buen rato con que es un proyecto difícil de explicar. Al final, lo define como una *especie* de documental sobre un grupo de música de la isla. Habla en voz muy baja, despacio, con silencios entre frases. Ha estado grabándoles durante años y ahora se dedica a revisar horas y horas de brutos para armar un guion definitivo. Asiento con interés. Él se empeña en enseñarme el *teaser* de un minuto que ha

montado para solicitar una subvención que puede cambiarle la vida. Conecta los auriculares a su móvil y me los coloca riendo en las orejas. En la pantalla, unos niños corren por la playa en Super Ocho. La música me recuerda a los Sigur Rós y a Björk. Más imágenes oníricas. Un xilófono oxidado. El grupo ensayando en una casona de pueblo. Dibujos infantiles hundiéndose en un charco. Fundido a negro y silencio. Nuestras miradas se cruzan cuando le devuelvo el teléfono. Antes de que pueda decir nada, me aclara que, en realidad, va sobre la creatividad. O sobre los lazos que se *crean* entre personas que *crean* juntas. Mientras me relata la ruina de la autoproducción, yo me pregunto cómo se verán esos ojos a la luz del día.

La charla avanza, cada vez con más cosas en común. Películas, discos, algunos conocidos incluso. Él colaboraba en una pequeña revista de cine. Yo en una grande. Quiere leer mis artículos. Ahora solo escribo en un blog. Con la segunda cerveza, se lanza a preguntarme qué hace una madrileña viviendo en el fin del mundo. Me mudé por trabajo, hace tres años, aunque ahora estoy en paro. Me lio otro cigarro para confesarle que la lejanía tiene sus ventajas. Humedezco la pega del pitillo esperando que él rellene el silencio, pero no lo hace. Se limita a observarme con una sonrisa de medio lado hasta que lo enciendo. Nos reímos otra vez. Él también huyó de sus orígenes unos años, aunque regresó a la isla hace tiempo.

Pedimos otra ronda. El calor de la noche roza lo tropical. El sudor en la nuca y la ropa pegada a la

piel me aturden mientras debatimos varias teorías de Juego de Tronos. Cuando nos echan del bar, a las dos de la madrugada, aún no hemos llegado a un acuerdo sobre quién va a gobernar Los Siete Reinos. Me acompaña a casa. Le comento lo cansada que estoy. En cuanto llegamos a mi portal, me despido con dos besos rápidos.

B consigue un ascenso y la familia se muda a la capital. Sus escasas amistades se quedan lejos. A y B compran un adosado en un barrio residencial a las afueras. A se concentra en leer revistas de decoración. La madera de pino es tendencia. Los estampados de cadenas también. El olor a muebles nuevos impregna toda la casa. C va a un parvulario cercano. La abruman los gritos en el aula. La abruman los ruidos fuertes. Le gusta dibujar. No le gusta la clase de gimnasia. Los fines de semana su padre hace bricolaje. C se tapa los oídos por el sonido del taladro.

Con la casa totalmente ataviada, A deambula sin rumbo por sus estancias al estilo años noventa. B pasa muchas noches fuera por viajes de trabajo. A comienza a tener dolores. La cabeza, las piernas. Con unos análisis de sangre, el médico concluye que está sana. Las molestias son más fuertes cuando B duerme en otra ciudad. En sus llamadas de teléfono, A le dice lo mal que se encuentra. También cuando regresa y justo antes de irse. Los médicos no le hacen caso. B no le hace caso. C no la deja en paz. Habla mucho con

esa voz chillona. A C le da miedo la altura. A C le dan miedo los estruendos. A C le da miedo que su madre se enferme.

Algunos fines de semana visitan a los padres de A en el pueblo. C corre, grita y se ríe muy alto cuando juega con sus abuelos. Hay muchos animales. Un perro viejo, gallinas, muchos gatos, un par de conejos enjaulados. A y B tienen más tiempo para ellos. Los dolores de A desaparecen en los páramos castellanos. Los miedos de C también. La vuelta a la ciudad es dura para las dos. C pinta la pared con ceras. C no recoge sus juguetes. C no quiere ponerse la ropa elegante de misa. A se desborda con la niña. B se pone al mando para que A no se estrese. B le grita muy alto a C. C se tapa los oídos.

Una noche, C oye a su madre llorar en el cuarto de al lado. C se levanta de la cama. A llora cada vez más fuerte. C sale al pasillo. Oye el rumor de la voz de B. C pega la oreja a la puerta del dormitorio marital. A está diciendo que C no le gusta. Que no puede evitarlo. Que es superior a sus fuerzas. B la consuela. Dice que debe de ser hormonal. C no entiende esa palabra. La niña regresa a la cama y se tapa los oídos. Unos meses más tarde, A y B le anuncian que va a tener un hermanito.

Unos días después de nuestro encuentro, Elías me invita a pasar un día en la playa. Al principio, le doy largas. Luego, la casa vuelve a caérseme encima y acepto. La perra le huele un instante cuando nos encontramos. Él la acaricia mientras yo observo sus cangrejas color carne llenas de manchas. El trayecto es largo y el coche huele a cerrado en los silencios. Tras uno de ellos, Elías se entusiasma hablándome de un director griego que acaba de descubrir. Entonces, yo me emociono también. Solo hace un par de semanas que publiqué una reseña sobre Yorgos Lanthimos en mi blog. Él se enfada porque no quiero decirle el nombre de la página. Yo me río.

Tardamos cuarenta minutos en llegar a una zona de acantilados y un cuarto de hora más en descender la montaña por un camino de cabras. El cielo se ha nublado y hace aire. Los dos nos quedamos vestidos. La cala está tan perdida que está vacía en plena temporada alta. Miro el teléfono, un poco inquieta, y confirmo una raya de cobertura. A la luz del día, el tono amarillento de sus ojos se oscurece a un color miel más

discreto. Coloco mi toalla a una distancia educada de la suya y sacamos la comida de las mochilas.

Cada uno ha cocinado un plato. Él, además, ha traído una nevera con los ingredientes para hacer mojitos. Fuerzo una sonrisa y dejo mi táper de tortilla como un muro entre los dos. Elías hace lo propio con sus filetes de pollo empanados. Se disculpa cuando le explico que no como carne. Yo me disculpo por no haberlo mencionado antes. En la isla se dice que la gente se altera los días encapotados, cuando baja la presión. Los cócteles del postre ayudan a solucionar el problema atmosférico. Además, los dos tenemos hierba.

A pesar del viento, Elías decide darse un baño. Le acompaño a la orilla con la liviandad del principio de la embriaguez. El mar está turbio, revuelto con la arena por el oleaje. Observo la parsimonia con la que se adentra en sus aguas grisáceas. Pulga ladra pidiéndome la pelota. La lanzo y corro con ella en círculos por el paisaje agreste. Cuando Elías regresa, el cielo se ha despejado. Hacemos más mojitos. Hablamos y fumamos. A medida que cae la tarde, movemos las toallas persiguiendo el sol. Cada vez las ponemos más juntas.

Con el tercer cóctel, se tumba a mi lado. Sus ojos vuelven a ser ambarinos por la sal del mar. Sin venir a cuento, le confieso que es posible que me vaya de la isla en un par de meses. El sentimentalismo etílico planea sobre nosotros cuando le explico lo perdida que me encuentro sin trabajo y sin un lugar al que volver. Creo que entiende que no es un buen momento para preguntar por mi familia. Él también se anima a compartir sus miserias. Me habla de una separación

complicada, del abandono de ella y de un intento de reconciliación fallido hace menos de un año. Sus preocupaciones con la financiación de la película, además, han agravado el trastorno del sueño con el que convive hace más de una década.

Recogemos el picnic con la última luz del atardecer. La perra corre por la arena, como persiguiendo el viento, hasta que dejamos atrás el mar. Atravesando la isla de norte a sur, me abruma la burbuja de humo espeso y tensión sexual que flota dentro del coche. Es noche cerrada cuando decido interrumpir ese silencio disfrutable para aclararle que es mejor que seamos solo amigos. No vamos a acostarnos. Suena tan presuntuoso que me da un ataque de risa. Elías se limita a pasarme el porro en silencio, con el gesto pensativo. Entonces, sonrío y asiente. Dice que él tampoco tiene ningún interés en acostarse conmigo si no nos enamoramos antes sentados en un banco. Ahora la que sonrío soy yo.

Cuando sus padres llegan con un bebé en brazos, C tiene cuatro años. Otra niña. Rubia. Rolliza. Duerme mucho. No llora. La llaman D. A está siempre pendiente de D. Se acaban sus dolores. Sonríe más. B grita menos. Ahora pasa más tiempo en casa. A y B no dejan que C coja a su hermana. Dicen que se le puede caer. La madre de A pasa algunas temporadas en la ciudad para ayudar a su hija. Ella se encarga de C. Cuando la abuela regresa a su pueblo, C sueña con ella.

Un fin de semana A y B acuden a una cena de trabajo. Se han vestido de forma elegante. A lleva un vestido azul de terciopelo. Se ha maquillado. B se ha puesto traje y corbata. B siempre se pone traje y corbata. La abuela está a cargo de las niñas. D duerme en su cuna. C se queda dormida en el sofá con su abuela. Cuando se despierta, la anciana ronca. Estaba viendo una película en blanco y negro. Las mujeres llevan vestidos con vuelo hasta la rodilla. Los hombres llevan traje y sombrero. Hablan mucho. Hay un cadáver tendido sobre una mesa de billar. Es idéntico a uno de los hombres que no paran de hablar. Dicen que

les están suplantando, por eso sus seres queridos se comportan como extraños. Una de las mujeres se desmaya ante semejante descubrimiento. C abre mucho los ojos. Un médico investiga. Encuentran unas vainas enormes en los jardines. Allí crecen esas réplicas frías de sus familiares y amigos. Son los extraterrestres haciéndose pasar por ellos. Están por todas partes. Ya es demasiado tarde.

C se asusta y despierta a su abuela. Ella le explica que todo es mentira. La sangre es tomate. C sonríe antes de que la abuela la lleve a la cama. Una vez allí, no puede dormir. Mira al techo. Escucha el televisor a lo lejos. Más tarde, oye la puerta de la calle. A y B hablan con la abuela. D comienza a llorar en la cuna. Cuando A y B suben las escaleras, C se tapa la cabeza con las sábanas. Están en el cuarto de al lado. Le cuesta respirar. Ahora lo entiende todo. Puede que A y B hayan salido de una vaina. Puede que sus padres no sean sus padres.

Ante mi insistencia, la cajera del supermercado pasa la tarjeta por tercera vez con cara de resignación. De nuevo, error. Hay mucha cola. Me esfuerzo en parecer despreocupada delante de una extraña. Insisto en que debe de ser un fallo de la banda magnética. La mujer asiente, aunque es de chip, mientras recoge la compra que yo no puedo pagar. Frente al ordenador, confirmo que no tengo un duro en mi cuenta corriente. La de ahorros está temblando. En la despensa hay varias latas de atún, un paquete de espaguetis y un bote de tomate frito. Aún faltan tres días para cobrar el paro. Le dedico un par de horas a apuntarme a ofertas saturadas de candidatos en Infojobs. La mayoría son en Madrid. Aquí ni siquiera me han llamado para trabajos de temporada. A pesar del calor canicular, no pongo el aire acondicionado. Bajo las persianas para que no entre el sol. Pongo a hervir la pasta y espero a que se cueza mirando a un punto fijo en la pared. Luego la caliento con el tomate y el atún mientras me fumo un cigarro que me revuelve el estómago. Abandono el plato intacto en la encimera.

La mayoría de mis amigos se han marchado en los últimos meses. Las islas son así, sitios de paso. Ahora, solo quedan un par de parejas, de esas que ahúman su propio salmón para invitarte a cenar y hacen bricolaje los fines de semana. Llamo a una de las chicas para salir a tomar un café, pero no contesta. Últimamente, me pasa a menudo. Al menos, me queda hierba suficiente para pasar la tarde viendo películas tirada en el sofá. Una notificación me avisa de un comentario en mi blog. Una tal Maggie O'Connell reseña un error en un texto antiguo sobre David Lynch. Resoplo indignada con la pedantería de Maggie. Me meto a comprobarlo en una web especializada cuando decido que el texto es tan viejo que ni siquiera me importa. Al final, me como una bolsa familiar de Doritos y pongo *South Park* hasta que anochece.

Estoy tan fumada que incorporarme es un acto heroico. Lo consigo para darle una vuelta a la manzana a la perra. Después, vuelvo a la misma posición. Pongo música. Wilco. Recuerdo un par de anécdotas del Primavera Sound en ese concierto. Me río sola. Con la boca llena de espaguetis, justo cuando un goterón de tomate cae sobre mi camiseta blanca, recibo un mensaje de Elías. Quiere ir a tomar algo. Ante mis reticencias a quitarme el pijama, se ofrece a hacerme una visita. Dice que las penas con una cerveza son menos penas. No le respondo. Me acuesto a las tantas, haciendo números y empaquetando mentalmente mi piso con la posibilidad de tener que regresar a casa de mis padres cobrando cada vez más fuerza. Madrid. Otra vez. A pesar del colcón, no pego ojo. Como en los viejos tiempos.

El pueblo tiene ochenta habitantes. Está en un valle hundido en mitad de los páramos. Los padres de A tienen la piel de lagarto de los que labraron el campo. A tiene la piel fina. Ella estudió en un internado privado en la ciudad. Luego, fue a la universidad en la capital. Cuando A y B se casaron, los padres de A les regalaron su primer piso. En verano, el sol quema entre los pinares. En invierno, la nieve los cubre de blanco. Una tarde, A y B llevan a C y a D a deslizarse por una ladera nevada con plásticos a modo de trineo.

C se lanza sola. Tiene siete años. C lleva unas gafas de Snoopy. B se lanza con D. D tiene tres años. D se ríe bobalicona todo el tiempo. A les observa desde abajo y abraza a D cuando llegan. D se ríe aún más con los cariños de su madre. C intenta llamar la atención de A y B. No funciona. D quiere hacer un muñeco de nieve con C. La pequeña se agacha tratando de arrear una base. En cuclillas, vuelve a pedirle ayuda a su hermana. Desde arriba, C la observa escarbando con sus manos regordetas. A y B están distraídos. C agarra la cabeza de D y la hunde en la nieve. Solo unos segundos. Luego la suelta.

D llora muy alto. Tiene la cara roja. A corre en su ayuda. B le cruza la cara a C. El golpe seco resuena en el silencio estepario. C siente la mano abierta de su padre en la cara. Es diferente a otras veces. En esa atmósfera helada, el dolor que le calienta el rostro es casi placentero. C no llora. B le pregunta por qué lo ha hecho. C no lo sabe. Cuando D se tranquiliza, B vuelve a deslizarse con ella por la colina. C se queda abajo con A. La madre se aleja unos pasos de la hija. La nieve se ha enturbiado al mezclarse con la tierra.

Los abuelos les esperan en casa junto a la chimenea. Padres e hijas se quitan botas y guantes al entrar. Todos tienen el pelo húmedo. La merienda está preparada. Hay rosquillas y ColaCao. La abuela coge las manos abotargadas de C entre las suyas. A pesar de los guantes, le duelen por el frío. La anciana le dice que las caliente en la chimenea. Al acercarlas al fuego, el dolor se intensifica un segundo antes de aliviarse. Igual que con el bofetón.

Es un lugar idílico, de roca y aguas cristalinas, con una panorámica despejada de la bahía especialmente bonita al anochecer. La razón por la que este espacio es una playa canina es el olor a aguas putrefactas que provoca, de vez en cuando, la depuradora que han construido detrás. En un extremo, hay un pequeño chiringuito donde sirven bebidas para todos los públicos. Cervezas baratas, cócteles con nombres prometedores como *sex on the beach*, y zumos détox para los corredores que tiñen el paseo de fosforito. El hedor no suele alcanzar la punta de la cala donde me siento a contemplar el cielo violáceo con un botellín en la mano.

Pulga corretea por la orilla con otros perros cuando veo a Elías a lo lejos y peino mi larga cabellera con las manos. Al abrazarnos, percibo el aroma a humedad de su ropa, como si la hubiera dejado demasiado tiempo dentro de la lavadora. Está guapo. Me dice que hago buena cara y le respondo que solo porque le llevo una cerveza de ventaja. Se sienta a mi lado. Me mira callado, con una sonrisa amable, como esperando una explicación a mi silencio de estos días.

Le menciono cierta tendencia a la depresión con una risa resignada. Él dice que no me pega estar triste. Creo que ha intentado cogerme la mano. Un golpe de brisa fétida le quita intensidad al momento cuando confieso que no sé qué hacer con mi vida. El mar, liso como un espejo, continúa reflejando la puesta de sol mientras todo huele a mierda. La peste dura poco. Pulga, que viene a tumbarse a mi lado, observa a Elías de reojo mientras le hago un resumen de mis preocupaciones. Él, como en una clase de guion, elabora una trama con ellas improvisando varios posibles finales estrambóticos en los que lo mismo me convierto en una escritora reconocida que me nombran Reina de Castilla. Cuanto más me río, más absurdos son. De pronto, nos quedamos callados y nuestros ojos se cruzan achinados. Me giro a admirar el firmamento en llamas. Ya han encendido las luces de la ciudad. La catedral gótica preside la stampa. Él apoya la cabeza en mi hombro y asegura que me huele el pelo a frutas.

Es más de medianoche cuando cierran el chiriguito y se ofrece a acompañarme a casa. Por el camino, compramos un par de kebabs que nos comemos como podemos mientras andamos. Con la comida turca digiriéndose en mi estómago, el punto de alcoholismo controlado de la tarde se convierte en sopor. Atravesando la periferia, llegamos a una zona desierta y poco iluminada. Elías dice que parece una película de terror adolescente y finge esconderse en un portal entre tinieblas. Yo me vuelvo a reír. Pulga, que trota silenciosa a nuestro lado, observa nuestros movimientos extrañada. Él emprende una disertación sobre lo mucho que

odia ese tipo de cine y yo asiento mientras observo sus labios finos moviéndose. Son bonitos. Ahora compara las pelis actuales con las de antes. Bostezo. De pronto, menciona *Psicosis* con fervor. Luego, cita una frase de la obra maestra del suspense y se para en seco. Me observa esperando una reacción. No la recuerdo. Elías no tiene ninguna intención de andar hasta que yo no la ubique. La repite. *Come usted como un pajarito*. Nada. Gesticulando en exceso, me describe la secuencia en la que Norman Bates y Marion Crane cenan juntos en ese cuarto con las paredes abarrotadas de pájaros disecados. *Come usted como un pajarito*, le dice Bates a la rubia en ese instante, adelantándole, sin que ella lo sepa, su trágico destino.

Retomamos el camino. El cansancio y una ligera indigestión ganan la batalla en mi cuerpo. Su casa empieza a quedar muy lejos y le digo que no es necesario que me acompañe hasta el portal. Le doy dos besos apresurados y me marchó. El bochorno de la noche es más pegajoso en el apartamento interior en el que vivo. Estoy agotada, pero se me ha quitado el sueño. Busco una película en el ordenador. Decido volver a ver *Psicosis*. Cuando Marion llega al hostal en mitad de la tormenta, me arrepiento de no haberle invitado a subir a casa.

C va a un colegio católico. Está en 3º de EGB. Es un edificio enorme, como un castillo. Los pinos del patio son muy altos. D acaba de empezar preescolar y busca a su hermana llorando en los recreos. C también llora cuando las monjas las separan. Sin D en casa, A vuelve a deambular errática entre estampados geométricos y madera de pino. A trata de entretenerse cuidando el jardín. Sus dolores empeoran. Algunos días le tiemblan las manos. Los viajes de B cada vez son más frecuentes y más largos.

A acude a varios médicos. La remiten a un psiquiatra que le diagnostica depresión. Ya es oficial. A debe ser cuidada. El exceso de trabajo y la tristeza de A frustran a B, que empieza a sentirse sobrepasado. B se pasa el día trabajando. B se merece estar tranquilo en su casa. Las quejas de A sobre C se convierten en el monotema de sus conversaciones. C la desobedece, C le contesta mal, C tiene la culpa de sus trastornos nerviosos. B no debería viajar tan a menudo y dejarla sola con las niñas. Los gritos empeoran. Comienzan los golpes en los muebles. Cuando C está castigada

en su habitación, la armonía regresa al hogar. C pasa mucho tiempo escuchando la normalidad apacible de A, B y D a través de la pared.

C tiene 8 años cuando ocurre por primera vez. Está estudiando los quebrados. Los denominadores y los numeradores son como jeroglíficos a dos alturas que le colapsan la cabeza. Tras su primer suspenso, B intenta explicarle las fracciones a su hija. No hay manera. B grita. Cuando C no consigue resolver un problema en la pizarra, una monja a la que debe llamar madre le dice que pensaba que era más lista. A la niña le duele la tripa. En la escuela, rezan a todas horas y van a misa los miércoles. Antes de la eucaristía, se confiesan y reciben penitencia. C se pasa el día pidiendo perdón. A sus padres, a Dios y al mínimo común múltiplo. En la capilla, durante un sermón sobre la pureza del alma, C siente un pinchazo en el estómago acompañando la certeza de que va a pasar algo horrible. Para evitarlo, debe repetir para sus adentros una serie de números fraccionados entre tres. Escrutando la mirada severa de una estatua junto al altar, C añora aquellos tiempos en los que no sabía que su espíritu estaba sucio.

A partir de ese momento, C se lava las manos a todas horas. Sus manos se llenan de heridas que sangran. C sigue dividiendo cifras entre tres. Aprieta mucho los ojos mientras lo hace. A veces, también los puños. Tras varios meses de reiteraciones numéricas, jabón y dolores de vientre, un médico le pide que le diga qué ve en unas manchas y que haga un par de dibujos. Después le receta unas pastillas para estar más tranquila. C no lo sabe, pero serán las primeras de muchas.

Elías me ha llamado esta mañana. Tras nuestra última salida, me pidió tiempo. Al parecer le costaba eso de ser solo amigos. Ahora cree que es lo mejor. Me asegura que ya se le ha pasado el *cuelgue* y a mí me duele el orgullo. Me he duchado a primera hora, pero vuelvo a hacerlo antes de ir a verle. El calor es espeso esta tarde. Me pongo doble dosis de champú de frutas en el pelo, confiando en que conserve el aroma. Elijo un vestido bonito. Me maquillo lo justo para que no se note. A mitad del camino, estoy sudada de nuevo.

Perdida en el laberinto de callejuelas de La Soledad Sur, tardo una eternidad en encontrar la plaza en la que vive. A pesar de la mala fama, el barrio me parece más anacrónico que inseguro. La plaza es una explanada inmensa, presidida por una vieja fábrica cerrada. El número que me ha indicado es la típica casa obrera de finales del siglo pasado. En la planta baja, el local del negocio familiar está vacío desde que sus padres se jubilaron. Una reja a pie de calle protege la escalera empinadísima que lleva a la vivienda en el primer piso. El timbre no funciona y tengo que

llamarle por teléfono para avisarle de que he llegado. Cuando me abraza, intento no apretarme demasiado para que la transpiración no quede muy patente. Nada más entrar, nos chocamos con una grúa de cine en mitad de una estancia enorme. Se la han dejado para grabar unas secuencias. Los azulejos del suelo componen triángulos blancos y negros bajo nuestros pasos. Pulga lo olfatea todo. Apenas hay mobiliario. A través de los dos balcones, abiertos de par en par, la fábrica frente a la casa parece más grande. Observo la chimenea industrial, tal alta como una torre, antes de que me invite a pasar a la habitación contigua. Es una sala de estar interior con un sofá destartado bajo un póster de Antonioni. Hay dos puertas cerradas. Una conduce a la azotea y la otra a su habitación. No abre ninguna de ellas. Al fondo, hay una galería acristalada por la que entra luz y corriente. Todas las estancias de la parte posterior son estrechas de una forma extraña, como en un cuento. A un lado, el baño alicatado con cenefas geométricas. Al otro, la cocina y el despacho de Elías, separados por una puerta plegable de PVC.

Él se ha encargado de preparar una cena sin carne. Yo he traído las cervezas. Nos acomodamos en el sofá, sentados muy cerca. Mientras comemos, evitamos mirarnos con la boca llena. El sonido de la masticación se vuelve un estruendo en los silencios. Trago deprisa y me distraigo observando los dibujos pegados en la pared, garabatos de colores más bien, que sirven para tapar los desconchones de gotelé que asoman por los bordes. Con el aspecto de decorado de

Twin Peaks de la casa, me viene a la mente el comentario malicioso de Maggie O'Connell en mi entrada sobre David Lynch. Se lo cuento indignada. Elías también se indigna, pero del lado de Maggie, que, según él, tiene razón en sus apreciaciones. Yo me río. Le digo que es una pedante y que no pienso darle el gusto de corregir nada. El texto es de hace años y apenas tiene visitas. Él insiste en que debería hacerlo.

Aunque decidimos ver una película, seguimos conversando mucho rato, iluminados solo por el cuadro en blanco del proyector. Como invitada, me toca elegir el título. Entre las ganas de impresionarle y la melancolía de estos días, propongo *Permanent Vacation*, de Jim Jarmusch. También es la más corta de las opciones del baremo. Durante setenta minutos de jazz y desiertos urbanos, no decimos ni una palabra. Nuestras manos, eso sí, se encuentran bajo el humo pasándonos los mil porros que nos fumamos. En la lucha contra el calor, también bebemos mucha cerveza. A la luz de los títulos de crédito, Elías alaba la película y yo aprovecho para observarle a él, abstraída con un plano cerrado de su cuello a su boca. Entonces, me pregunta si conozco la obra de Svankmajer y le respondo que sí en automático, aunque apenas haya visto alguna pieza suya. Él teclea algo en el portátil. Yo miro sus manos, tratando de imaginar si son suaves o ásperas. Sus ojos de vampiro, aún más amarillentos entre tinieblas, ignoran los míos sin piedad buscando el cortometraje que quiere enseñarme.

De repente, frente a nosotros, dos hombres se sientan a la mesa en un restaurante. Mientras esperan

la comida, se comen las flores del jarrón, luego sus zapatos y sus ropas hasta quedarse desnudos. Al final se comen el uno al otro. Por el rabillo del ojo, veo a Elías concentrado en la pantalla. Me giro un par de veces hacia él. Finge no darse cuenta. El olor a hierba se mezcla con el del sudor en el aire. La humedad del verano insular es pegajosa cuando le pongo la mano en el brazo y digo su nombre.

—Elías...

—¿Qué pasa? —pregunta mirándome al fin.

—¿Te puedo dar un beso?

—¿Un beso? ¿Tú a mí? Pero si solo vamos a ser amigos, ¿no?

Tiene la sonrisa de quien acaba de ganar el juego. Desde la pared, las imágenes de un nuevo cortometraje alumbran nuestras caras con música épica.

—Creo que he cambiado de opinión —afirmo notándome el rubor en las mejillas.

—Muy bien. Si en un par de semanas sigues pensando lo mismo, reconsideraré la propuesta —concluye antes de girarse de nuevo hacia los artificios de Svankmajer.

Dos minutos de animación checa más tarde, nos besamos por primera vez.

El pueblo se llena de hijos y nietos en Navidad. Huele a leña y ponen luces en la plaza. Este año, la familia ha montado un belén muy grande en la casa. C fue a recoger musgo con el abuelo. B hizo un castillo con corcho. Hay un río de papel de plata. Los Reyes y sus pajes ya están frente al portal. Llegan esta noche. Antes de dormir, C y D dejan leche y galletas junto a un árbol con sobrecarga de bolas y espumillones para sus majestades. A y B están muy misteriosos. Han pasado toda la tarde fuera. C sabe que los Reyes no existen, pero coloca sus zapatos para recibir los regalos. Le da igual si no vienen de Oriente. C tiene nueve años. Hace dos que descubrió el engaño. Encontró el Alfánova y varias muñecas bajo la cama de sus padres. Solo se lo dijo a su abuela. Ella siempre se ríe con las cosas de C. Dice que D está enmadrada. La sexagenaria convenció a la niña de que guardara el secreto. Así tendría más juguetes que si lo descubría. Ambas se sonríen mientras C les pone el agua a los camellos.

En la cama, C no consigue dormir. Se esfuerza por no pensar en series de números y sus divisiones.

Su abuela le ha dicho que va a tener una gran sorpresa. Quizá sea un ordenador. Su madre se ha apuntado a un curso de informática, aunque dice que quiere dejarlo. Un reloj digital marca las horas en rojo. A las tres de la mañana, hace pis en el orinal. Tres entre tres, uno. Aprieta los ojos. Luego vuelve a meterlo debajo de la cama. En la planta de arriba hace mucho frío. Se le ha quedado el culo helado. Tiene ganas de lavarse las manos, pero le han prohibido bajar al piso de abajo esta noche. Da muchas vueltas entre las sábanas.

Cuando abre los ojos, ya son las siete. C corre a despertar a D. La rubia bobalicona se ríe. Ambas van a la cama de sus padres, que las mandan a dormir de nuevo. A las nueve, su padre grita que han venido los reyes abriendo la puerta de su habitación. Nunca había visto a su madre tan sonriente. Los abuelos les esperan en el comedor. A, B, C y D entran en el cuarto de estar con ceremonia. El desayuno está servido. La chimenea lo calienta todo. Hay muchos paquetes envueltos con lazos. Cada uno lleva el nombre de una de las niñas. De pronto, uno se mueve solo. Casi gira sobre sí mismo.

C y D se paran en seco. La caja da otro respingo. El papel de regalo solo cubre la parte de arriba. Los laterales están llenos de agujeros. C se abalanza sobre él. D observa a una distancia prudencial. Una cachorra irrumpe en la escena. Todos en la sala se ríen. Es de color negro. Tiene las orejas largas y los ojos enormes. C la observa inmóvil, como si tuviera delante una aparición. La perra ladra. C la coge en brazos. El animal juega con el pelo de C. D se acerca tímida

con su pijama de felpa. La acaricia un momento y va a abrir otras cajas.

C no se lo puede creer. Sus abuelos la abrazan. Sus padres le dan un beso. La perra la lame, pero no siente el impulso de correr a lavarse. Las luces de colores del árbol parpadean. El corazón le va a explotar cuando grita que la llamará Bulma, como la niña de *Bola de dragón*. A le explica que los Reyes han dicho que se llama Luna. C mira de reojo a su abuela. Le gusta. Como *Sailor Moon*. Guerrero Luna. Es el día más feliz de su vida.

—Pajarito, han sido muchas cosas en muy poco tiempo. A lo mejor podrías ir a ver a un psicólogo.

—No necesito un psicólogo —aseguro sin dejar de picar los vegetales con un cuchillo enorme.

Elías me abraza con delicadeza y me pide que vaya a quitarme el abrigo empapado y a ponerme ropa seca. Él me releva en la tabla de las verduras. En el dormitorio, mi maleta me recuerda que tengo que hacerme hueco en el armario. Su familia vivía aquí cuando él era niño y aún queda ropa de sus padres en las perchas e incluso algunas batas de su abuela. La habitación de Elías, por aquel entonces, era el cuarto de arriba que ahora utilizamos como trastero. No se me ocurre un lugar más aterrador para un niño. Dejo la parca sobre la butaca y me saco los pantalones mojados para ponerme unas mallas. Desde la cocina, él me pregunta si he sacado al perro a la azotea. Al abrir el ropero, huele a naftalina cuando le digo que sí.

—Por cierto, me habías dicho que solo hacía pis en la terraza. Deberías bajar todas sus cacas al contenedor.

Su voz, a lo lejos, suena mucha más seria cuando me responde.

—Es que no son de Marcel.

Ni siquiera me atrevo a preguntar. Encerrada en esta casa oscura, me imagino a mi novio cagando en las macetas con los pantalones por las rodillas, disfrutando de las vistas del barrio más decadente de la ciudad. La imagen me desconcierta tanto que casi me da la risa. Tampoco me sorprendería que tuviera

alguna explicación neohippie, que quiera hacer mantillo y cultivar un huerto en la azotea. A lo mejor simplemente le gusta liberar los intestinos al aire libre, con la brisa del mar acariciándole las nalgas. O quizá es mentira. A mi alrededor, todo se vuelve absurdo con la lluvia de fondo.

Vaciando el lavavajillas, sin alejarme del calor que emite, escucho el sonido de la puerta de la calle y las pisadas aceleradas de Elías en esta dirección. La urgencia de sus pasos no me gusta. Saco los vasos ardiendo de la balda de arriba del electrodoméstico. Lo cierto es que brillan como si se tratara de un anuncio. Su pelo está más alborotado de lo habitual cuando entra en la cocina moviéndose de un lado a otro.

—No sabes que susto me acabo de dar... ¡Mira!

En la estrechez, Elías me enseña sus manos, que tiemblan como las de un enfermo de Parkinson. De reojo, vuelvo a mirar los vasos sin una sola mota. Nunca he entendido la presencia de este electrodoméstico, tan eficiente, con su frontal aún brillante, en un lugar como este. Es como si mirara por encima del hombro a la ventana de plástico y al horno de la puerta rota. Elías se abraza a mí y respira profundamente antes de seguir hablando.

—Marcel, que iba corriendo a toda velocidad por el camino del parque y se ha chocado con un poste de la luz a doscientos kilómetros por hora.

Le miro un instante, como para confirmar la gravedad de su voz en sus ojos. Luego, atravieso

la casa laberíntica, encendiendo luces a mi paso camino al comedor. Elías continua el relato siguiéndome por la galería.

—Creía que se había partido la columna vertebral —me explica imitando el sonido del golpe, gesticulando exageradamente con las manos—. Te juro que he oído cómo se le rompían todos los huesos, en serio, muy alto, uno a uno. Estaba convencido de que se había matado o se había quedado paralítico.

En la sala de estar, con la única luz del pasillo, alcanzo a ver a Marcel hecho un rebujo en la esquina del sofá.

—Se ha quedado tirado en la cuneta, moviendo las patas sin poder levantarse. Al acercarme, me gruñía, el pobre, como un animal moribundo en la cuneta.

Un animal moribundo en la cuneta como Pulga. El suelo del cuarto se mueve mientras busco algo que no encuentro en el rostro de mi compañero. Enciendo la lámpara de conchas junto al tresillo. Marcel levanta la cabeza cuando me siento a su lado.

—Voy a ver si tiene alguna herida. ¿Ha venido andando?

—Sí, le he estado acariciando hasta que se ha puesto de pie y ha empezado a caminar cojeando. Al principio se tambaleaba.

Al palpar despacio su cuerpecillo, el perro se coloca panza arriba para que le rasque la tripa.

—El golpe ha sido aquí —me explica señalándome la zona con un círculo—. No me saco de la cabeza ese ruido y cómo gemía tirado.

De soslayo, veo cómo esconde la cara entre sus manos casi sollozando. Yo empiezo a hacer más presión entre las patas y el lomo, pero el animal no da ninguna señal de dolor. Tampoco noto ninguna inflamación ni el más mínimo rasguño, ni siquiera levantando el pelo. Entonces, me incorporo con prisa y voy a la cocina a agitar su saco de pienso. En menos de dos segundos, Marcel aparece en la puerta moviendo la cola y poniéndose a dos patas para pedirme el bol.

—Parece que ha sido sólo el susto, ¿no?

Elías observa la escena con cara de preocupación mientras yo vuelco el pienso en el comedero.

—Debería darle algún antiinflamatorio —insiste con una afectación que me recuerda a la broma del plástico atado a la puerta.

El animal devora su alimento, engullendo decenas de bolas a la vez y aplastándolas entre sus dientes con chasquidos rítmicos. El cuenco metálico golpea la pared en sus acometidas. Los cacharros del lavavajillas ya están fríos cuando los colocamos en los armarios, evitando chocar entre nosotros. Los platos crujen al ser apilados. Marcel termina su cena y regresa apresurado al calor del brasero. Sus uñas chocando con el suelo tintinean como una maraca. Elías le sigue empecinado con darle una pastilla para prevenir la hinchazón. Sus zancadas hacen eco en el pasillo. De puntillas, me asomo a la galería, lo justo para atisbar el cajón de las medicinas en el comedor y constatar cómo pasa de largo en dirección al sofá.

Esto se me está yendo de las manos. El argumento suena totalmente esquizo incluso en mi cabeza. Marcel no tenía nada. Tampoco le dio la pastilla. Pero eso no significa que no se hubiera golpeado. ¿Qué conseguiría Elías inventando historias de animales moribundos para recordarme la muerte de mi perra? Supongo que lo mismo que sacando el tubo del desagüe de la lavadora o secuestrándome en una irrealidad de parálisis del sueño y mierda en las macetas. La idea de que mi pareja se divierta haciéndome perder el control pasa como un relámpago por mi cabeza cuando decido que no debería fumar tanta hierba. Puede que Elías tenga razón con mi estado. A lo mejor esto es el principio de un brote psicótico, o paranoide. Quizá de ambos. Una vez, en la sala de espera del psiquiatra, un hombre me contó que sus vecinos querían asesinarle porque era un enviado de Dios. Al menos, yo sé que a mí no me envía nadie. ¿Para qué querría Elías hacerme perder la razón? Ese sadismo no tiene ningún sentido fuera de un guion de Haneke, de la tortura por diversión de *Funny Games*. ¿Pero acaso el primer asesinato de esa obra que le obsesiona no es el de un perro? La muerte violenta de un animal constituye la antesala a la depravación en cualquier relato.

—¡Hola!

El saludo repentino de Raquel hace que se me escape un grito frente a la máquina de café. La diseñadora se disculpa. Mis risas tratando de parecer normal suenan demasiado artificiales. Dice que Joan quiere verme. Yo resoplo. Las dos volvemos a reírnos. En su despacho, le encuentro sentado en el Chester de cuero blanco, concentrado en su portátil. A pesar

de que me está esperando, se empeña en hacer notar su ensimismamiento con un pequeño respingo cuando le saludo. Luego me pide que cierre la puerta y me sienta. Apoyo mi taza en la mesa de centro, presidida por dos pequeños robots de juguete, y la piel del sofá emite un sonido escatológico al acomodarme.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal estos días?

Joan se incorpora y el sillón vuelve a chirriar al colocarse torpemente de lado. Embutido en un pantalón de pinzas, con una pierna doblada sobre el sofá y la otra colgando, parece un muñeco rechoncho. Yo trato de imitar su postura relajada mientras le explico que estamos a punto de salir del atasco de las navidades. Joan me interrumpe para decirme que no me ha llamado para eso. Su mandíbula apretada y la tensión de su cuello me ponen a la defensiva. Durante varios minutos, mi jefe se explaya exaltando mis virtudes, ya no solo como trabajadora, sino como compañera y como ser humano. Mientras le agradezco los piropos, me pregunto si van a despedirme.

—Estoy muy contento contigo y por eso quiero decirte algo antes de que te enteres por terceras personas—durante la pausa ceremonial, afirma con la cabeza y frunce los labios—. Hemos cerrado la cuenta del treinta aniversario del Hotel Castell Blanc...

Llevaban tiempo reuniéndose con los directivos del Hotel Castell Blanc, uno de los más importantes de la isla. Pensando en mi comisión como ejecutiva, ni siquiera me incomoda el pedo del sofá al moverme exaltada. Joan junta las palmas de las manos y se las acerca a la cara.

Epílogo.

Del amor y las columnas

Cuando me dijeron que una de mis doctorandas había escrito una novela pensé, uf, será una de esas novelas tipo ensayo, un poco farragosas, tal vez un nuevo *Ulises* —que ya era hora, por cierto— en que cualquier cosa que se le pase por la cabeza a una deambulante joven, cualquier minucia y análisis literario que circule por su corriente de conciencia y sus idas y venidas al baño tendrá a los críticos literarios embebidos durante décadas por tanta genialidad. Una corriente de conciencia en que flotarían interminables listas de la compra, de autoras feministas, de mira qué piernas el de la moto, de me habré portado mal con mi madre y demás gestas homéricas...

A todo esto, estaba yo también inmersa en mi propia corriente de conciencia cuando se me vino otra cosa muy distinta a la cabeza: a ver, pensé un poco irritada..., ¿pero no se cansarán las mujeres de escribir de sus cosas una y otra vez? ¿Qué van a pensar los críticos señores...?, me interrogué con preocupación... ¿Es acaso necesaria para la sufriente humanidad una

nueva novela en la que una escritora escriba de lo que le dé la gana? ¿No estará esto yendo demasiado lejos? A ver, que ya sabemos que las mujeres tienen sus cosas y sus preocupaciones, pero, hombre, que la literatura es otra cosa...

Pues, qué va, me equivoqué con mis sombrías previsiones, todo lo contrario. La autora de esta novela tiene dones que rara vez coinciden en la misma persona: el de contar una historia que te atrapa, que es lo que hace aquí, y el de reflexionar como ensayista, su otra profesión y que es lo que hace allá, en otros sitios. Y fíjense, por favor, que no he escrito «la autora tiene dos dones que coinciden en el mismo cuerpo», no. Y no escribo «cuerpo» porque tampoco a mí me da la gana, que Irene Otero ni es un cuerpo ni «lo pone» en ningún sitio, como tanto se lleva en la jerga actual; Irene Otero es, como se trasluce en cada línea de esta novela, una radiografiadora de la condición humana.

Esta novela es sobre la condición humana, sobre la necesidad o las ganas de todo ser humano de encontrar a alguien. Decía aquél: «Yo no busco, encuentro» y, ay, ojalá pudiera ser así en el tema del amor, del amor de pareja, de la pareja heterosexual. Ahora, en este mundo actual, aunque vivimos bastante amontonados en las ciudades el caso es que se ha puesto muy difícil encontrarnos, ya sea por casualidad o por causalidad. Y para eso han surgido los mercaderes de corazones y han creado unas aplicaciones con las que ganar dinero y de paso facilitar los encuentros.

Esta novela es sobre las dificultades de relacionarte con alguien una vez que ya os habéis encontrado, y que

sí, que química hay, que afinidades hay, que la cosa para empezar funciona. Y trata de cómo esas dificultades, casi con seguridad, las viven de manera muy distinta una mujer y un hombre. Pues en nuestras sociedades casi nada significa lo mismo, ni se busca lo mismo, ni se aguanta lo mismo si en vez de una mujer eres un hombre y viceversa. Todo esto emana suavemente de la novela, sin grandilocuencia. En medio de una vida cotidiana con tantos momentos bonitos compartidos por la pareja protagonista van surgiendo pequeños indicios, pequeños malentendidos, pequeñas amenazas y al mismo tiempo que les vemos irse a la cama tan contentos nos quedamos muy pendientes porque aquí hay algo que también nos está ya dando miedo. Por lo que sea, la novela no se puede dejar de leer.

Algo peculiar de este libro es que siendo una novela de pareja es también un novela de familia. Los protagonistas, como diría Celia Amorós, no son hongos hobbesianos, no han surgido de la nada. Tampoco es una relación madre-hija la que aparece para dar rienda al noble oficio de *échale la culpa a la madre* y ya está, todo explicado. Siempre es una familia entera la que se relaciona y una familia en que cada quien asume muy distintas funciones, aquí sí que sigue habiendo Ulises y Penélopes. Y al final, este tremendo desequilibrio todo lo corrompe. Una reflexión a propósito del libro: aun con lo que acabo de decir —las madres no tienen la culpa de todo—, termino la novela y sí me quedo pensando en las madres. Que tal vez, en este mundo, y aún no hay otro, si falla la madre falla todo, o mejor dicho, que si

también falla la madre falla todo. Porque Ulises anda de viaje, muy ocupado en lo suyo, y por eso el megaltrágeno de Homero dibujó a Penélope como un pilar más de la casa. Inamovible, de profesión: «mis labores, mi colcha».

¿Sigue siendo hoy cierto que en este mundo nuestro puede fallar todo, pero si la madre está ahí siempre hay esperanza? Decía Spinoza que «no sabemos lo que puede un cuerpo» y se cita muy a menudo, cuando, francamente, igual esto no significa nada tan importante; pero ¿sabemos acaso lo que puede una madre y cómo y por qué? Pues no me ha parecido leer nada sobre la madre en la Historia de la Filosofía, qué extraño, ahora que lo pienso. Tendremos que empezar a hacer como están haciendo las novelistas, como nos hizo notar Laura Freixas, y comenzar nosotras también a filosofar sobre las madres. Máxime ahora que la pornografía ha abierto una nueva línea, «madres que me gustaría follarme», eso sí, con las *cool* iniciales en inglés: MILF. No, no vamos a dejar solas a las madres, vamos a pensarlas porque nos preocupan y porque qué va a suceder si las madres se cansan. Y hay signos de que se están cansando, para empezar, ya no tienen hijos. A nuestra protagonista no parece ni que se le pase por la cabeza esa posibilidad, la de tener una hija, como si ya no existiera, ni siquiera para mencionarla y descartarla, para entretenerse un día charlando frente a una cerveza. Para conocer un poco mejor al otro que tenemos bajo las mantas y con el que se hace, ya es casualidad, lo que hay que hacer si se quieren traer hijos a este mundo.

La novela trata del amor en pareja. Pero no hay una sola pareja, hay al menos dos. Una tenía las reglas hechas y es la familia de origen, con la que empieza todo. La otra, la nueva, la pareja de jóvenes, las tiene que pactar. Y qué difícil se está volviendo, en un mundo más igualitario —en que las mujeres no tienen ya el mandato de «tú trata de no molestarlo con tus cosas, trata de que sea feliz cuando regrese a casa, y ya verás que bien va todo»—, qué difícil se está volviendo pactar nuevas reglas y luego seguirlas o rehacerlas. Y por qué no, seguir cogiendo el sueño juntos bajo las mantas.

La novela, ya lo has visto, no tiene el final que esperábamos. Tiene otro final, las chicas actuales tienen serios problemas, problemas de los de siempre y problemas nuevos, pero también tienen nuevos recursos con los que enfrentarse a la vida y sus enigmas. La vida es en sí un problema: lo que la novela tal vez nos deja entrever es que, si sabes por dónde te pueden llegar los golpes, que lo que le pasa a una nos puede pasar a todas, entonces sucede eso que suelen decir algunas de «a mí el feminismo me ha salvado la vida». Y a veces no es metáfora, es literal.

Y, por favor, señoras, seguid escribiendo las novelas que queréis escribir, no otras.

ANA DE MIGUEL